

ROBERT MATTHEWS

# Reacciones en EEUU y España ante el terrorismo internacional

*Los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 en Madrid recordaron lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington. El autor reflexiona en este texto sobre la forma en que se reaccionó ante las consecuencias del terrorismo internacional en ambos países. Así mismo, analiza los debates suscitados en EEUU sobre lo ocurrido en España el 11-M.*

El jueves 11 de marzo la National Public Radio estadounidense comenzó su programa matinal con las palabras: terrorismo, tragedia y España. Diez bombas habían explotado en cuatro trenes de cercanías en Madrid. El balance ascendería a 200 fallecidos y más de 1400 heridos. Al igual que en Nueva York el 11 de septiembre de 2001, a raíz de estos acontecimientos se observaron múltiples ejemplos de valentía por parte de los ciudadanos de a pie, de la policía y de los cuerpos de emergencia, así como los esfuerzos del personal médico de diversos hospitales; además de un espíritu de solidaridad colectiva de muchos ciudadanos de Madrid que acudieron para auxiliar a las víctimas.

Durante el periodo posterior a los ataques terroristas, marcado por la tristeza y el alboroto político, en primer lugar, parecía haber una curiosa asimetría en la reacción de EEUU ante la tragedia de Madrid en comparación con las respuestas europeas tanto al 11-S como al 11-M. Esto se vio reflejado en la ausencia de una efusión masiva de apoyo por parte de EEUU hacia España, a diferencia de Europa, que en ambas ocasiones demostró públicamente su solidaridad con los dos países. En segundo lugar, la diferencia también era palpable en la tendencia que mostraron los medios de comunicación, centrándose en los hechos en perjuicio del contexto político —salvo en las posibles consecuencias para EEUU—. Por último, este fenómeno parecía ser, a su vez, el síntoma de una significativa incapacidad por parte de los ciudadanos estadounidenses —al menos hasta la fecha—

Robert Matthews es profesor adjunto del Center for Latin American and Caribbean Studies en la Universidad de Nueva York y colaborador del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM). Ha escrito varios artículos sobre movimientos sociales en América Latina, la política de EEUU en América Latina y sobre conflictos de baja intensidad

Traducción:  
Leandro Nagore

para transformar traumas históricos en alianzas de clases y en energía política de la forma que lo hicieron los españoles.

España siguió presente en los titulares en los días sucesivos a los atentados a causa de las elecciones generales, previstas para el domingo siguiente. Ese día los votantes españoles comparecieron ante las urnas alcanzando un alto índice de participación (el 79%) para rechazar al partido en el gobierno y para elegir, ocho años después, a los socialistas como nuevos gobernantes.

*The New York Times*, *The Washington Post* y otros de los principales periódicos estadounidenses cubrieron estos hechos principalmente en términos de sus repercusiones sobre la política exterior de EEUU. La ausencia de un análisis en profundidad sobre la dimensión política de un acontecimiento como el del 11-M se agudizó en la cobertura relativamente apolítica que se dio a los atentados por parte de los medios de comunicación de EEUU.

Un ejemplo de ello es *Newsweek*, que publicó en portada la tragedia en Madrid aunque el titular, “El 11-S europeo”, subrayó el centrismo estadounidense, y ni siquiera mencionó las elecciones ni especuló sobre las posibles consecuencias políticas de los ataques, como si fuera un hecho aislado sin relación alguna con la política. En la edición de la semana siguiente tampoco se hizo mención alguna al desenlace de las elecciones ni sobre sus consecuencias para la política exterior estadounidense. Cuando los medios de comunicación abordaron la noticia de las elecciones lo hicieron tan sólo para calibrar el significado de la oposición del PSOE a la guerra en Irak y su compromiso para que los 1300 efectivos militares españoles desplegados en el país regresen en junio, salvo que se sitúen bajo el mando de Naciones Unidas.

De forma increíble, Fareed Zakaria, experto en política exterior para *Newsweek* y para el Consejo de Relaciones Exteriores, provocó a Al Qaeda, en la edición del 15 de marzo, alegando que “a estas alturas está claro que Al Qaeda es capaz de producir cintas de vídeo pero no terrorismo”. De hecho, estas cintas de vídeo, realizadas con pocos medios, “se están convirtiendo en una farsa”, afirmó. En su ensayo titulado “Los radicales están desesperados”, Zakaria destacó que, en los últimos años, Al Qaeda se ha limitado a atacar a “objetivos blandos” y “*todos fuera del mundo Oriental*”.

Lo que, a menudo, se presentaba como observación política venía, habitualmente, en forma de consternación por parte de los sectores neo-conservadores de EEUU, algunos en la prensa, por la “claudicación española ante el terrorismo” al haber votado contra el partido de Aznar —partidario de Bush—. <sup>1</sup> La credibilidad

<sup>1</sup> Ver David Brooks, “Score this One for Al Qaeda”, *International Herald Tribune*, 17 de marzo de 2004, publicado como “Al Qaeda’s Wish List,” en *The New York Times*, el 16 de marzo de 2004; Thomas Friedman, “Axis of Appeasement”, *The New York Times*, 18 de marzo de 2004 y “No Vote for Al Qaeda,” en *The New York Times*, el 25 de marzo de 2004. Para una crítica de estas opiniones ver Paul Krugman, “Weak on Terror” y “Taken for a Ride,” en *The New York Times*, 16 y 19 de marzo de 2004. Una excepción en la cobertura mediática fue el artículo publicado en primera página de *The Washington Post*, “Spain Campaigned to Pin Blame on ETA”, el 17 de marzo. También, los comentarios sobre la “claudicación” realizados por el presidente de la Cámara de los Representantes, Dennis Hastert, el 16 de marzo, y a los que alude Paul Krugman en *The New York Times*, el 19 de marzo.

de este argumento se vería rápidamente socavada por las encuestas que indicaban que el margen de victoria de los socialistas se debió, en primer lugar, al rechazo hacia un gobierno que había involucrado a España en una guerra, masivamente impopular, en Irak; y que según la percepción de los votantes había convertido a España en un lugar menos seguro. Y, en segundo lugar, por las mentiras del Gobierno de Aznar sobre la autoría de los ataques, responsabilizando públicamente a ETA cuando todos los indicios apuntaban a Al Qaeda.

Resulta irónico que este razonamiento se derogue en España en el mismo momento en el que Richard Clarke, ex jefe de la lucha antiterrorista en EEUU durante diez años, sostuviera básicamente la misma crítica contra el propio Gobierno de Bush. Lejos de claudicar ante el terrorismo, los españoles votaron contra una estrategia antiterrorista politizada ineficaz y en favor de una política estratégicamente válida.

## **Respuestas encontradas**

Tanto los ataques del 11-S como del 11-M fueron de proporciones históricas. Aunque la reacción inmediata de los ciudadanos en ambos países fue admirable, se produjeron críticas diferentes en las respuestas de los europeos y los estadounidenses.

Un día después del ataque vergonzoso y trágico contra vidas inocentes, 11 millones de españoles, una cuarta parte de la población total, se manifestó contra el terrorismo en la capital y en el resto del país. En toda Europa los ciudadanos mantuvieron minutos de silencio para recordar a las víctimas.

En EEUU la respuesta fue mucho más discreta. La opinión de insularidad estadounidense, desgraciadamente demasiado común, fue recogida por un lector de *Newsweek*, que en una carta a la revista escribió: "no creo que sea justo comparar lo que ocurrió en España con lo sucedido en EEUU el 11-S. Puede que los españoles hayan perdido centenares de personas en los ataques a los trenes, pero comparado con la destrucción que sufrimos, al igual que el número de vidas que perdimos, no admite comparación". En EEUU no tuvieron lugar demostraciones públicas a gran escala de solidaridad con España, ni siquiera en la ciudad de Nueva York.

Inmediatamente tras el 11-S, la tristeza y un incoado sentido de solidaridad se apoderaron de Nueva York. Pero este sentimiento, las memorables demostraciones de apoyo y los actos de generosidad, pronto se transformaron en un patriotismo individualizado y abrumador que permeó todo el país. Nada de esto se tradujo en expresiones políticas en las bases. Puede que la población estadounidense estuviese demasiado aturdida, que exista menos conciencia política en EEUU o que tengamos una cultura comunitaria menos desarrollada. Pero, el espíritu de resistencia y unidad que se perfiló tras el 11-S, pronto se vio superado por un auge del militarismo y la voluntad, por parte de muchos, de aceptar un recorte de los derechos ciudadanos en nombre de una nueva guerra contra el terrorismo.

Posiblemente, más significativo fue el deseo generalizado de venganza, una circunstancia explotada con maestría por el Gobierno de Bush en una campaña que logró convencer sobre una guerra en Irak como compensación al 11-S.

*Lejos de  
claudicar  
ante el  
terrorismo,  
los españoles  
votaron  
contra una  
estrategia  
antiterrorista  
politizada  
ineficaz y en  
favor de una  
política  
estratégica-  
mente válida*

Tras los atentados en Nueva York y Washington no se registraron desencuentros políticos inmediatos, no hubo debate entre demócratas y republicanos sobre los motivos del ataque ni sobre cómo éste pudo tener lugar, ni tampoco se registró un clamor público cuando el Gobierno de Bush se resistió a la configuración de una comisión de investigación, y luego obstaculizó los esfuerzos de la creada posteriormente. La reacción de EEUU ante el terrorismo fue visceral y no política, generando un vacío político que la derecha republicana se apresuró a colmar.

En un sentido amplio, el electorado (y la oposición demócrata) no sólo se apresuraron a respaldar al “comandante en jefe” en un momento de emergencia nacional, sino que a lo largo de los dos años siguientes claudicaron demasiado a menudo ante la descarada tendencia de derechas del Gobierno de Bush.

El columnista conservador David Brooks, escribió, en *The New York Times* el 16 de marzo de 2004, con gran admiración que si los terroristas atacasen EEUU en vísperas de unas elecciones “dudaría de que el electorado estadounidense se agolparía alrededor del presidente”. Puede que así lo haríamos, pero también puede que no.

La reacción tras el 11-S de los medios de comunicación, de los principales partidos políticos y de la opinión pública estadounidenses, no inspira confianza de que lograrían resistirse a esta respuesta ingenua pero emocionalmente satisfactoria. Si la reacción fuese cerrar filas alrededor de la figura del presidente no sería por ser más patrióticos o más duros contra el terror que los españoles sino porque, como sociedad, la estadounidense es más reacia a ponderar sobre el complejo problema del terrorismo, a apoyar medidas eficaces para hacerle frente y para tomar las elecciones políticas necesarias para implementarlas.

Ésta es la advertencia inherente en la crítica que realiza Richard Clarke sobre la actuación del Gobierno de Bush en cuanto al terrorismo. Además, este es el momento para centrarse en las opciones menos espectaculares, pero de eficacia demostrable, como son la diplomacia, las labores policiales compartidas, la inteligencia y la cooperación internacional, tal como lo ha manifestado el alto representante de la Política Exterior y de seguridad de la Unión Europea, Javier Solana. Resulta trágico que muchos en EEUU no se percataran de ello hasta un año después de comenzar la guerra, cuando ya era demasiado tarde.

Es de esperar que el aprendizaje acumulado por la ingenuidad, la rigidez ideológica y la evidente incompetencia del Gobierno estadounidense respecto a la guerra contra el terrorismo sirvan como aprendizaje para entender el escándalo. En ese caso, un electorado lúcido recobraría el juicio en noviembre y, al igual que los españoles, votaría contra un Gobierno que ha traicionado la confianza pública y el interés nacional. Si no lo hacemos, no será Al Qaeda la que divida a Europa y a EEUU, tal y como sugieren los conservadores,<sup>2</sup> sino el unilateralismo inexcusable de Washington al servicio de una fracasada política sobre el terrorismo. Si lo hacemos, en cambio, podríamos lograr la unidad entre Europa y EEUU que la propia razón nos conmina a alcanzar ahora.

Al dejar Madrid un amigo me comentó, “nosotros ya hemos hecho nuestra labor, ahora os toca a vosotros hacer lo propio”.

---

<sup>2</sup> John Hulsman, “Atocha: a view from Washington”, en: [www.Opendemocracy.net](http://www.Opendemocracy.net), 30 de marzo de 2004.